

PRESENTACION

1

Cuando viví en Barcelona por unos cuantos meses a comienzos de 2003 tuve la oportunidad de conocer al historiador Josep Fontana, quien amablemente me invito a visitarlo en su extraordinaria biblioteca de la universidad Pompeu Fabra. Allí conversamos en varias oportunidades y siempre que lo visitaba, en forma amable me regalaba algún libro de la Editorial Crítica, entre ellos su notable *La historia de los hombres*. El ejemplar que tengo en mi poder lleva esta dedicatoria: "En agradecimiento de sus libros y con mi mejores deseos para Colombia. 27-II-03".

En el curso de esos encuentros yo le dije que me gustaría publicar un libro de su autoria en Colombia, con materiales inéditos o que no hubieran sido publicados en sus obras más conocidas sobre teoría historiográfica. Él me dijo que le diera unos cuantos días y me tendría una propuesta. Cual no sería mi sorpresa cuando a los ochos días me esperaba con un material que ya formaba un pequeño libro y me autorizó para editarlo. A mi regreso a Colombia me puse a la tarea y publiqué el libro con el mismo título que él había propuesto: *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?* por el sello editorial Pensamiento Crítico. Este libro lo dedicó Josep Fontana a nuestro colega y amigo Dario Betancur Echeverry, secuestrado y asesinado en 1999, y a quien el ilustre historiador catalán había conocido personalmente.

2

Años después cuando el profesor Josep Fontana cumplió 80 años nos cruzamos estos dos mensajes, que presenté como testimonio histórico. El primero se lo dirigí cuando me enteré de esa efémerides, que tanto nos enorgullecía a los historiadores críticos:

Bogotá, noviembre 26 de 2011

Respetado maestro:

En esta fecha tan especial quiero comentarle que su obra historiográfica ha sido un filón de un valor inestimable en mi labor como aprendiz de historiador y, sobre todo, como educador. Desde que hace casi 30 años leí su gran libro *La historia, análisis del pasado y proyecto social*, me convertí en un ferviente lector de todas sus obras, algunas de las cuales he difundido en Colombia, entre ellas el pequeño pero hermoso libro que usted me autorizó a publicar en Colombia, titulado *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, que se ha convertido en un texto de referencia en nuestro país.

En su obra, y en su ejemplo de vida, he aprendido muchas cosas, tantas que no se pueden expresar en unas pocas líneas, y por eso solo quiero recordar algunas: su permanente defensa de la historia como un saber indispensable para entender los problemas de nuestro tiempo y proyectar un futuro diferente; su obstinada crítica, refinada y elaborada, a las modas intelectuales y a todo tipo de especulación que han tratado de destruir la disciplina histórica; su pertinaz sentido de nadar contra la corriente, es decir, contra el pretendido fin de la historia, para demostrar que las promesas hechas en nombre del progreso nos han conducido a la catástrofe actual; su visión no eurocéntrica de la historia, para incorporar todas las voces posibles de todo el mundo; su reivindicación de una labor de investigación independiente y libre; su defensa de la enseñanza de la historia como una actividad importante en la formación de individuos críticos; su incansable acción de difundir en todo el mundo de habla castellana, a través de diversas editoriales, lo mejor de la producción historiográfica del mundo...En fin, usted nos demuestra todos los días la importancia que en este mundo que le rinde culto al presente desempeña la investigación histórica y el papel que tiene un historiador de verdad, como usted.

Gracias maestro por todas sus enseñanzas, las que comparto semestre a semestre en mis cursos de Taller de Historia con decenas de jóvenes estudiantes de Licenciatura en Ciencias Sociales que han estudiado con esmero su extraordinario libro *Introducción al Estudio de la Historia*, la obra que hubiera querido escribir Pierre Vilar.

Disculpe mi impertinencia, pero quería comunicarle estas opiniones con motivo de su cumpleaños, en el cual nos ha regalado otra gran obra, que espero disfrutar pronto y aprender mucho de ella.

GRACIAS MAESTRO Y QUE NOS SIGA BRINDANDO MUCHOS APORTES Y UN FELZ CUMPLEAÑOS.

Fraternalmente
Renán Vega Cantor

La amable respuesta del profesor Josep Fontana fue esta:

Domingo, 27 de noviembre de 2011

Estimado amigo:

Le agradezco sus cariñosas palabras. En cuanto se refiere a las ideas e intenciones que me atribuye, pienso que ha acertado usted de pleno. Otra cosa es en la valoración de los méritos, que, por otra parte, es tema que no me preocupa demasiado. Nunca pretendí "hacer carrera" y no voy a cambiar de conducta a estas alturas. En estos días he tenido que experimentar una serie excesiva de homenajes y elogios, que me han llevado a las siguientes conclusiones: la primera, que no pienso alterar mi línea de conducta y mi voluntad de trabajo; la segunda, que no debo hacer caso alguno de estos elogios y mantenerme crítico conmigo mismo y con lo que escribo. Pero también, en tercer lugar, que todo lo que ha ocurrido en estos días me muestra que hay una serie de personas que han demostrado tenerme aprecio -su propio mensaje es un ejemplo de ello- y que eso es lo que más vale de cuanto he obtenido. Gracias, también, a usted por ello.

Cordialmente,
Josep Fontana

3

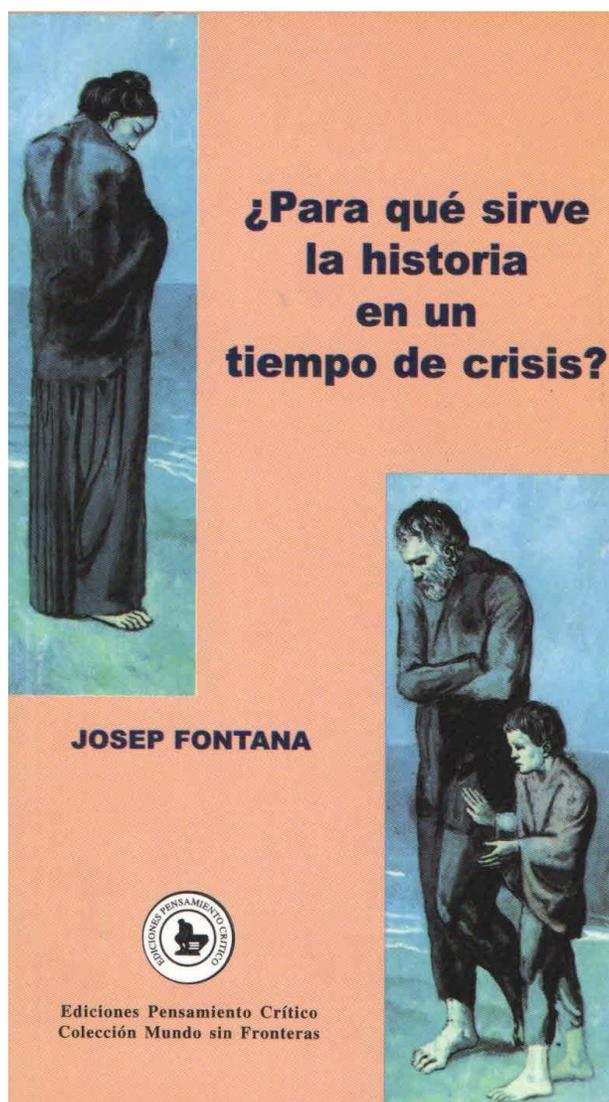
En mayo de 2012, cuando en la Universidad Pedagógica Nacional se celebró el evento Homenaje al Pensamiento Crítico, organizado como jornada de solidaridad con mi persona, por las amenazas que circularon dentro de nuestra universidad, el profesor Fontana dirigió el siguiente mensaje, cuyo contenido y destinatario me dieron mucho ánimo en aquellos difíciles momentos:

Lamento que el poco tiempo disponible me impida expresar con más argumentos la elevada valoración que hago de la persona y la obra del profesor Renán Vega. Tengo una gran estimación por su contribución a la tarea colectiva de mantener vivo un pensamiento crítico, y por su participación en la defensa del papel que corresponde a las universidades públicas. He podido ver de cerca la lucha de los estudiantes chilenos, en la que han tenido un papel destacado los jóvenes historiadores progresistas de aquel país, y estoy viviendo ahora, en mi propio país, el inicio de la pugna que va a ser necesario emprender para resistir el empeño, falsamente justificado por la crisis, de elevar las matrículas con el fin de cerrar el acceso a la educación superior a los menos dotados económicamente. Pero valoro también, ante todo, su labor como historiador. Los cuatro volúmenes de su *"Gente muy rebelde"* me parecen una obra fundamental en el panorama de la historia social contemporánea y una muestra de esa gran historiografía latinoamericana, demasiado desconocida fuera de los países en que se produce. Deseo, por ello, expresar mi adhesión a este homenaje a un gran historiador colombiano.

Cordialmente,
Josep Fontana

Ahora, hemos perdido a Josep Fontana, pero su magna obra nos queda como un legado ejemplar del oficio del historiador, independiente, crítico, comprometido con los plebeyos y sus luchas. Por falta de tiempo para escribir un artículo de homenaje a su obra y personalidad, publico la presentación que escribí en 2003 para el libro mencionado: *¿Para qué sirve un historiador en un tiempo de crisis?* Estoy seguro que estas palabras no perdieron vigencia en el tiempo transcurrido desde cuando fueron escritas, por la talla intelectual y ética de nuestro gran maestro Josep Fontana, un ejemplo digno de imitar en estos tiempos de indigencia y postración.

Bogotá, septiembre 16 de 2018



LA HISTORIA COMO ESPERANZA CRÍTICA EN LA OBRA DE JOSEP FONTANA*

RENAN VEGA CANTOR

«Este es un libro que quiere estimular la práctica de lo que Pierre Vilar llama “pensar históricamente”. Su propósito es ayudar a combatir los tópicos y prejuicios históricos que obstaculizan la comprensión del mundo en que vivimos: estimular a pensar la historia y el mundo, personalmente, críticamente».

Josep Fontana, *Introducción al estudio de la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, p. 14.

La edición en Colombia del libro del historiador catalán Josep Fontana *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, concebido especialmente para Pensamiento Crítico, es una buena oportunidad para evocar sus concepciones críticas y renovadoras sobre la historiografía, plasmadas en una diversidad de libros publicados en las últimas décadas¹.

1

En este pequeño libro que presentamos, Josep Fontana sintetiza en breves pero magistrales trazos sus concepciones sobre la historia en el mundo actual. Sin la pretensión de agotar todos sus aportes, se puede señalar que en el conjunto de su obra encontramos una lúcida crítica a las «últimas» modas que han invadido el campo de la historia, entre las que se destacan el «fin de la historia», el posmodernismo, y las diversas expresiones del giro cultural y lingüístico.

Para Josep Fontana, las formulaciones sobre el «fin de la historia» sólo pretenden justificar y eternizar a la sociedad capitalista y generalizar la resignación política que se desprende de la «globalización» -esa palabreja de moda que cual aparato ortopédico se emplea para todo lo que no se puede explicar sin que, en la mayoría de los casos, se sepa a ciencia cierta de que se está hablando- que habría culminado en una supuesta fase de dicha y prosperidad para todos los habitantes del planeta y ante la cual, por lo demás, nada se podría hacer². El fin de la historia no sólo es un despropósito analítico sino que pretende presentar como benéficas las políticas adelantadas por los nuevos y viejos capitalistas en todos los continentes durante el decenio de 1990, y que tan catastróficas han sido desde la antigua URSS hasta Argentina. Las palabras de Paul Nizan, escritas hace mucho tiempo, sintetizan muy bien las pretensiones de aquellos que postulan el fin de la historia: «Cuando la burguesía está en el poder, el objetivo de toda la historia ha sido logrado, la historia debe detenerse». Sin embargo, de manera muy significativo la historia rápidamente se encargó de hundir a los «teóricos del acabose», porque desde que se anunció el fin de la historia -en la primavera de 1989- se han seguido presentando conflictos, guerras, levantamientos y luchas en diversos lugares del planeta y, además, la tan alardeada democratización no trajo los resultados anunciados de libertad y justicia, ni mucho menos la «libertad de mercado» ha servido para distribuir de manera más equitativa los ingresos y riquezas entre las distintas clases sociales. En una palabra, la moda del fin de la historia ha tenido muy corta duración y por eso ha sido reemplazada por intentos similares, elaborados siempre desde la extrema derecha, de justificar el capitalismo, tal y como el «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington, un veterano politólogo contrainsurgente del

*. Prologo al libro de Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 2004.

Departamento de Estado de los Estados Unidos, no por casualidad del mismo lugar donde se mueve Francis Fukuyama el reciclador del «fin de la historia»³.

Las concepciones posmodernas, por su parte, reducen el conocimiento histórico al análisis de los discursos y las palabras, olvidándose de los hechos, o peor aún pretendiendo que el pasado no existe o que no hay forma de llegar a conocerlo⁴ y también pregonan un «fin de la historia» al privar a todos los acontecimientos históricos de sentido: «El fin de la historia del posmodernismo es la conversión de toda secuencia temporal en simultaneidad, la coexistencia de todas las posibilidades como un gran calidoscopio en que ninguna de las pautas es más persuasiva, dominante o significativa que cualquier otra». Esas consideraciones posmodernas, para nada inocentes, expresan el intento del mundo occidental por «mantener su trayectoria de expansión y dominación minando todos los criterios de realidad y verdad» ahora que tiene serias dudas sobre sus verdades y realidades⁵.

A su vez, las actuales modas historiográficas (llámense culturalismo, mentalidades, poscolonialismo, etc.), se han limitado al análisis de los discursos, negándose de manera explícita a estudiar la realidad social. Todas las modas del giro lingüístico en lugar de ampliar la base del conocimiento histórico a partir de la integración analítica de símbolos, representaciones y expresiones culturales, con los avances consolidados de la historia social y económica, han caído en un elitista determinismo cultural, incluso más estrecho que el determinismo económico que suelen criticar. Desde el punto de vista social, este determinismo es impulsado por ciertos intelectuales «yuppies», ansiosos de compartir migajas de poder con las clases dominantes y cuyo escepticismo ideológico los coloca al servicio de la «economía de mercado» (un término eufemístico para referirse al capitalismo) a la que no dudan en justificar⁶. A su manera, las modas historiográficas buscan evadirse de la sociedad, que sigue existiendo y no es tan solo un «constructo lingüístico», a la que ya no quieren explicar porque sería imposible o porque toda explicación es arbitraria. De ahí, ese culto desafortunado por el análisis textual, separado de la realidad social, que lleva a que la historia académica produzca y consuma, ante todo, «textos sobre otros textos, no sobre problemas del hombre y la sociedad»⁷. Josep Fontana precisa las consecuencias reales que se derivan de las consideraciones culturalistas en el campo de la historia: «Estamos viviendo en un mundo donde hay gente que pasa hambre, y mucha que está en paro, angustiada y que no ve nada claro su futuro; que hay campesinos masacrados en América Central. *Todos estos hombres y mujeres tienen problemas reales que no son problemas de discurso y que no pueden afrontar en términos meramente culturales.* El marroquí que se echa al mar en una patera y lleva aquí (en España) una vida apurada no viene a predicar el Islam, viene a intentar sobrevivir. Hay problemas reales y lo que necesitamos es un método de análisis que nos permita entenderlos y buscar respuestas»⁸.

2

La labor de Josep Fontana no se ha limitado a efectuar una crítica sistemática, rigurosa y actualizada de las diversas modas historiográficas -sustentada en una formidable base bibliográfica en *La historia de los hombres*, un libro indispensable para conocer la evolución del conocimiento histórico desde sus orígenes hasta el día de hoy- sino que además formula y fundamenta un programa de trabajo para afrontar la «crisis de la historia». Esta crisis se manifiesta en varios aspectos: el conocimiento se ha fragmentado en mil pedazos; ya no son

convincientes los modelos lineales y progresistas; tal y como esta concebida no es útil para los seres humanos del mundo actual; y, predomina el escepticismo hacia ella entre las nuevas generaciones. Valga decir que para el autor catalán plantearse la superación de esa crisis no es una mera pretensión académica para satisfacer a los «iniciados de la tribu de los investigadores» sino una urgencia política, en la medida en que los historiadores -por lo menos los que están convencidos de la utilidad social de su oficio- pueden ayudar a clarificar y comprender los problemas cruciales de nuestro tiempo, bosquejando propuestas que contribuyan a sortear la crisis civilizatoria a la que nos ha llevado el capitalismo.

Para Fontana la historia, en contra de la concepción habitual, no debe contentarse con estudiar el pasado sino que debe explicar los procesos evolutivos que han conducido al presente, lo que implica convertirla en «una herramienta para interpretar los problemas colectivos de los hombres y de las mujeres, para entender el mundo y ayudar a cambiarlo»⁹. Esta tesis esencialmente política va contra la corriente contemplativa y pasiva, pretendidamente apolítica, que hoy predomina en el mundo de los historiadores, y se inscribe en el ámbito de la postura filosófica de Carlos Marx en su famosa, aunque hoy olvidada, undécima tesis sobre Feuerbach. Josep Fontana reivindica el «compromiso cívico del historiador» para afrontar los problemas cruciales de nuestro tiempo, para denunciar las mentiras y falsedades que escuchamos a diario sobre la marcha «apacible y exitosa» del mundo pretendidamente globalizado y para ayudar a los hombres y mujeres a entender las razones por las cuáles las cosas son como son. Todo esto significa explicar el origen de la desigualdad, de la injusticia y de la barbarie, las cuales sólo pueden ser entendidas en una perspectiva temporal y escudriñando en sus raíces históricas¹⁰.

Fontana propone un programa de trabajo para la renovación de la historia, programa que él mismo ha empezado a desarrollar en sus últimas investigaciones, y del cual es un ejemplo el material que configura este libro. En este programa de una «historia para todos», se destacan algunos aspectos centrales: abandonar la concepción de progreso y de una historia lineal; superar el eurocentrismo; rechazar las discriminaciones de género, sexo y clase; redefinir la función social de la historia; y exaltar la labor del historiador como crítico del presente.

En cuanto a la crítica del progreso, Fontana parte de constatar las limitaciones y fracasos de las visiones lineales de la historia que lo ven como el «fin» natural de esa evolución, apoyándose en la crítica al progreso formulada por Walter Benjamin, cuyas «Tesis de filosofía de la historia» y sus inconclusos «Pasajes de París»¹¹ son un soporte indispensable para plantearse un análisis histórico que no esté concebido en términos de la lógica del progreso, ya que el autor alemán consideraba como necesario un materialismo histórico en el que la idea de progreso fuese aniquilada, porque su «principio básico no es el progreso, sino la actualización», y porque «los antagonismos sociales se disuelven en el cuento de hadas de que el progreso es el futuro cercano». Tanto Benjamin como Fontana se sitúan en lo que Ernest Bloch llamaría «el marxismo cálido», opuesto al «marxismo frío» que rinde culto a las fuerzas productivas y a las «leyes de la historia». Ese «marxismo cálido» reivindica las acciones de los hombres y mujeres como hacedores y transformadores de la historia, con ahínco y determinación rechaza la visión que le rinde culto al progreso, a la técnica y a la evolución lineal y rescata la visión de los vencidos y de los carentes de esperanza, porque como decía Benjamin, «sólo gracias a aquellos sin esperanza, nos es dada la esperanza».

Esa crítica del progreso se hace a partir de una *mirada dialéctica* que permite ver más allá de las innovaciones técnicas, presentadas exclusivamente como grandes conquistas de la humanidad,

para indagar sobre sus contradictorios efectos sociales, sus consecuencias en la vida cotidiana de las personas, las pérdidas y retrocesos que originan y las catástrofes culturales que producen (recordemos que Benjamin señalaba que «toda obra de cultura es una obra de barbarie»). La actualización crítica de la noción de progreso nos conduce a examinar la evidente desigualdad que reina en el mundo de hoy, pese a que los ideólogos del capitalismo nos digan que vivimos en el mejor y único mundo posible, como se puede apreciar con algunos datos elementales: aumento de la brecha entre los países capitalistas centrales y los países periféricos, lo que ha llevado a que la mayor parte de los países del planeta estén hoy en peores condiciones que hace unos años, pues entre 1992 y 2002 el ingreso *per capita* se redujo en 81 países y en ese mismo lapso de tiempo en el mundo otras 100 millones de personas transitaron de la pobreza a la miseria extrema; desempleo crónico en todo el mundo a niveles nunca vistos, pues se calcula que entre 800 y 1000 millones de personas, un tercio de la población activa, está desempleada o subempleada; empeoramiento de las condiciones de vida tanto en el sur como en el norte; migraciones y desplazamiento forzado de grandes grupos humanos que deben soportar infrahumanas condiciones de existencia, etc.¹².

Hay, entonces, una contradicción entre los *resultados reales*, no precisamente benéficos, que ha tenido el modelo de progreso para la mayor parte de los habitantes de la tierra y el *culto exacerbado* a ese progreso por parte de historiadores, economistas, científicos, políticos y medios de comunicación. La historia debería, nos dice Josep Fontana, no sólo dejar constancia de la contradicción entre las promesas anunciadas, y nunca cumplidas, del progreso en su vertiente tecnológica y las miserias que soportan millones de seres humanos, sino explicar, además, *por qué razones* han fallado las promesas de la visión lineal de la historia, sustentada en el progreso técnico y en el culto a las fuerzas productivas¹³. En otros términos, es preciso reconocer que un mayor dominio de la naturaleza se manifiesta en notables retrocesos sociales, como se puede percibir hoy con el hecho de que quienes más alaban a la técnica son los mismos que pregonan e impulsan la pérdida de las conquistas sociales (empleo estable, descanso remunerado, salud, educación y cultura como servicios públicos) que los trabajadores lograron arrancarle al capitalismo a través de sus luchas y acciones. Y estas conquistas sociales son las que deben defenderse contra los neoliberales y globalizadores, que tienen siempre a flor de labios la palabra progreso para justificar las antisociales políticas que realizan en todos los continentes.

En lo atinente a sus críticas al eurocentrismo, Fontana partiendo de un conocimiento detallado de la producción historiográfica de diversos lugares del mundo (India, África, América Latina, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, España) reivindica una aproximación compleja y comparativa al estudio de la historia que permita romper con las visiones unilaterales y de marcado sesgo euroestadounidense o con sus calcos mecánicos en otros lugares del mundo, donde se han reproducido los modelos y patrones europeos, negándose a ver las características propias de la historia del resto de la humanidad, porque en últimas, «interpretar la historia de los pueblos no europeos a la luz de nuestras concepciones significa arrebatarnos su propia historia y dificultar la solución de sus problemas»¹⁴. Esta crítica al eurocentrismo permite aproximarse a «viejos» problemas de una forma abierta, tal y como nos lo demuestra en los capítulos de este libro relacionados con la historia agraria y con la identidad de América Latina. La necesidad de superar el eurocentrismo se sustenta, si faltara decirlo, en hechos incontrovertibles, siendo dos de los más evidentes la reducción progresiva de la población de

Europa occidental y de los Estados Unidos -que de constituir hoy el 18 por ciento decrecerá rápidamente en el futuro inmediato- con respecto al total de la población mundial y la urbanización acelerada en el sur del mundo, en donde en los próximos años se encontrarán las 20 ciudades más grandes y pobladas¹⁵. Estos dos aspectos indican lo «marginal» y «parroquial» que hoy por hoy sigue siendo una historia «universal» escrita desde los parámetros europeos o estadounidenses, lo que conduce, nada menos, que a desconocer al 85 por ciento de la humanidad. Por supuesto, la dominación renovada de Estados Unidos y de sus socios de la Unión Europea ha hecho invisible a ese 85 por ciento de los habitantes de la tierra, pero los procesos históricos mirados en una perspectiva de largo plazo indican que en el futuro inmediato la historia «universal» ya no seguirá ni las pautas trazadas por Europa y los Estados Unidos, sino de otras fuerzas que se dibujan en el horizonte. Como es obvio, la decadencia del mundo occidental no se soluciona, como hoy se pretende en Estados Unidos y en la Unión Europea, con la construcción de guetos de «civilización» para impedir la llegada de los «nuevos bárbaros»: «Si nos empeñamos en encerrarnos tras los muros, pereceremos a manos de los asaltantes de dentro y de fuera. Los europeos y su civilización desaparecerían entonces, como han desaparecido todas las comunidades que han perdido su capacidad de adaptarse a un entorno cambiante. Si ello sucede, habrá concluido un período de la historia del hombre y comenzará otro»¹⁶.

Respecto a las exclusiones de clase, sexo y raza presentes en los discursos históricos predominantes, Fontana contrapone una «historia total» renovada que «deberá ocuparse de todos los hombres y mujeres en una globalidad que abarque tanto la diversidad de los espacios y de las culturas como la de los grupos sociales, lo cual obligará en buena parte a corregir las deficiencias de las viejas versiones. Habrá de renunciar al eurocentrismo y prescindirá, en consecuencia, del modelo único de evolución humana con sus concepciones mecanicistas del progreso, que aparece como el producto fatal de las “leyes de la historia”, con muy escasa participación de los humanos que deberían ser sus protagonistas activos»¹⁷. En esta perspectiva, las discriminaciones de raza, género y clase son la expresión «interna» del eurocentrismo, del culto al progreso y de la visión lineal de la historia, o, en otros términos, las discriminaciones eurocentristas no solamente tienen consecuencias negativas para los pueblos no europeos, sino para los pobres en general, incluyendo a los pobres europeos, y entre esos sobresalen los trabajadores y las mujeres¹⁸. La visión lineal del progreso está asociada a todo lo que la historiografía eurocéntrica ha dejado de lado: a los «pueblos sin historia», un 85 por ciento del orbe, si tomamos como punto de referencia actual a la minoría demográfica y espacial que constituye el mal llamado «mundo desarrollado»; a los hombres pobres tanto de los países centrales como del resto del planeta, es decir, obreros, campesinos, indígenas, negros y grupos étnicos; a las mujeres, en las que sólo se incluye a ciertas damas y «señoras», de toda la tierra; y, en general, a los «perdedores», de los *ludditas* en adelante, que no caben en el discurso lineal de los «progresistas ganadores» y cuyas acciones son presentadas de manera arbitraria como un rechazo a la técnica y a las «bendiciones» del progreso mecánico y no, como lo que han sido, una defensa de su forma de vida y de su cultura contra los embates de un modelo destructor y homogeneizador, como el que hoy se ha extendido en todo el planeta y que se cubre con el eufemismo de la «globalización»¹⁹. Porque «todo lo que cae fuera de este esquema es menospreciado como una aberración que no podía sostenerse ante la marcha irresistible de las fuerzas del progreso, o como una utopía inviable»²⁰.

En lo relacionado con la función social de la historia, Fontana efectúa un análisis sistemático en su libro *La historia de los hombres* en el que parte de constatar la crisis de la historia y el escepticismo hacia la historia como discurso explicativo de la realidad -lo cual se ha debido, principalmente, a los fallos e insuficiencias de los métodos y explicaciones tradicionales que tuvieron su apogeo durante la «época de oro» del capitalismo occidental después del fin de la segunda guerra mundial- para indicar que esa crisis no se remedia cayendo en el nihilismo ni en el eclecticismo hoy reinante en el seno de los estudios históricos sino mediante la recuperación de «unos fundamentos teóricos y metodológicos sólidos, que hagan posible que nuestro trabajo pueda volver a ponernos en contacto con los problemas reales de los hombres y mujeres de nuestro mundo»²¹.

Fontana manifiesta también una gran preocupación por el uso público de la historia, que en múltiples circunstancias conduce a la justificación del racismo y de la exterminación física y cultural de los adversarios, como sucedió en Ruanda en 1994, pero también acontece en los países que se pretenden «desarrollados», como en Estados Unidos, en donde la historia oficial justifica la explotación colonial, el exterminio de indígenas y negros, la expansión imperialista y el sometimiento de países pobres, todo a nombre de la «defensa de la patria» o de la «seguridad nacional». «Es claro -nos dice Fontana- que hay que denunciar los abusos de este discurso público, y que ello justifica en buena medida el trabajo del historiador». Pero la denuncia no es suficiente, sino que es necesario que el historiador participe «activamente en la formación de la memoria pública, si no queremos abandonar una herramienta tan poderosa en manos de los manipuladores».

Por último, en esta agenda se destaca la relación del historiador con su mundo y sus problemas, lo que en este libro es analizado a propósito de la obra de Eric Hobsbawm *La era de los Extremos*²². En este aspecto, los historiadores tienen una tarea inmensa para descifrar las razones de los grandes fracasos del siglo XX y de la generalización de la barbarie, para ayudar a evitar que ésta última se mantenga como hasta ahora y que se reproduzca en el futuro; para determinar las circunstancias que han conllevado al fracaso del «desarrollismo» y que han hundido a la humanidad en la desigualdad más pasmosa de todos los tiempos, en contra de las promesas optimistas de los «teóricos» del despegue hacia el «primer mundo» (los analistas del subdesarrollo de hace cuarenta años y los neoliberales de ahora) que nos anuncian que, aplicando determinadas recetas, los retrasados rápidamente despegarán y alcanzarán a la sociedad de alto consumo de masas, y todos llegaremos al impostergable desarrollo del mundo industrializado²³. El historiador como voz crítica de su tiempo tiene la función de desmentir de manera rotunda las falsas promesas de neoliberales y globalizadores que hoy, como los desarrollistas de ayer, nos venden, y a un alto precio, nuevas recetas milagrosas para superar la pobreza y el atraso, cuando en la realidad se observa que dicho recetario aumenta la pobreza y amplía la brecha que separa a los países centrales de los países periféricos.

3

Las preocupaciones de Josep Fontana sobre la función social de la historia lo han llevado a ocuparse también de la enseñanza de la historia, como una actividad vital en la formación de una conciencia crítica entre las nuevas generaciones. Recalcando la importancia que les confiere a los docentes de historia ha llegado a afirmar, lo que para los historiadores profesionales debe constituir una herejía, que *historiadores no son solo los que investigan sino también los que*

enseñan, e incluso, desde el punto de vista del radio de acción social de la historia, resultan más importantes los profesores de educación primaria y secundaria que los investigadores profesionales. Considera que los docentes no deben ocuparse de enseñar formulas, recetarios ni catecismos, lo cual ha hecho mucho daño a generaciones enteras de estudiantes en España y el mundo entero, pues esto es lo que conduce precisamente a la apatía por la historia como saber. Porque si se quieren emplear las aulas como un lugar de memorización de fechas, datos, dinastías, guerras o de exaltación de reyes, presidentes o dictadores, los estudiantes encontrarán que es mucho más útil la botánica y la geología que por «lo menos sirve para conocer las hierbas y las piedras»²⁴. Para Fontana, la enseñanza de la historia debe contribuir a pensar históricamente, según la recomendación de su maestro francés Pierre Vilar, quien ya en 1937 había dicho en un discurso dedicado a la enseñanza de la historia que su función «no es llenar las cabezas sino ejercitar las inteligencias»²⁵.

Pensar históricamente quiere decir poseer una conciencia crítica, como lo manifestaba Fontana hace más de veinte años, al referirse al caso de la disciplina histórica: «Cuanto trabajamos en este terreno -y compartimos, a un tiempo, las preocupaciones por la transformación de la sociedad en que vivimos- hemos creído siempre que *nuestra disciplina tenía una importancia en la educación*, tanto por su voluntad totalizadora... como porque puede ser, empleada adecuadamente, una herramienta valiosísima para *la formación de una conciencia crítica*»²⁶.

Esa conciencia crítica no sólo debe existir hacia el pasado sino principalmente hacia el presente, porque mediante el estudio de las sociedades en su dimensión temporal, a partir de la experiencia acumulada y de la posibilidad de ver los acontecimientos retrospectivamente, se puede constatar que no existen «leyes de la historia», que no hay caminos únicos sino múltiples senderos en el devenir social y que la adopción de una determinada vía fue hecha a cambio de desechar otras alternativas, que nada está fatalmente determinado de antemano, que los hombres y mujeres intervienen en la historia y pueden transformarla y que el paisaje social, por no ser ni natural ni eterno, es susceptible de ser modificado.

Si el objetivo es desarrollar un pensamiento histórico, hay que abandonar el viejo esquema de enseñar historia basándose en el procedimiento de contar cosas y de describir situaciones, que utiliza de manera exclusiva la capacidad memorística de los estudiantes. «No hay que “contar cosas”; las cosas ya se aprenden leyendo o por televisión. Hay que explicarlas racionalmente». Los profesores de historia harían una labor encomiable, si al concluir un curso sus alumnos «fueran capaces de leer y entender el periódico»²⁷.

En un artículo sobre enseñanza, escrito en 1975, Fontana considera que no basta con cambiar los contenidos que se enseñan en historia sino que es pertinente modificar también las formas de enseñar puesto que para ejercitar algo más que la memoria se necesita de otro tipo de aprendizaje, «con participación más activa de unos estudiantes a quienes hemos de pedir que se esfuercen por comprender los mecanismos de articulación que enlazan los hechos» en lugar de limitarse a aprenderlos en orden cronológico²⁸. También recomienda como procedimiento para la enseñanza de la historia el que se establezca una relación adecuada entre los procesos históricos con los problemas del presente, para que los estudiantes sientan que se están analizando cuestiones palpitantes que tienen que ver con ellos directa o indirectamente y que no se están tratando hechos muertos desprovistos de cualquier vínculo con nuestro entorno. Con este procedimiento, Fontana está reivindicando para la enseñanza de la historia el mismo criterio que reclama para la historia en general: que sea escrita *desde el presente y para el*

presente, como ya lo exaltaba brillantemente Walter Benjamin cuando decía que «los acontecimientos que rodean al historiador, y en los que éste toma parte personalmente están en la base de su exposición como un texto escrito en tinta invisible». Así, en el caso de la enseñanza de la historia para Fontana el presente es esencial, como nos lo recuerda con su propia experiencia docente:

Cuando explico a los estudiantes historia contemporánea (el mundo entre 1914 y 1945) me sale espontáneamente, siempre que puedo, utilizar comparaciones con hechos y problemas actuales. Un poco para que entiendan que hablo de cosas vivas. Por ejemplo, cuando explicas la formación de Yugoslavia, te encuentras con que la gente se interesa porque eso te ayuda a entender hechos actuales; o cuando les explicas el nazismo [...]. Procura siempre que tenga un sentido de actualidad con el que se pueda conectar. Pienso que... la reflexión que conduce a entender cosas de nuestro mundo casi siempre es posible²⁹.

En el renacimiento de una conciencia crítica que lleve a renovar la esperanza y a buscar alternativas humanas al tipo de sociedad imperante, los profesores de historia y la historia escolar desempeñan un papel central, como lo recalca Josep Fontana en su libro contra la ideología del fin de la historia:

Vivimos momentos de desconcierto ideológico [...] a la tarea de recomponer esta conciencia crítica, de devolver alguna esperanza y de reanimar la capacidad de acción colectiva hemos de contribuir entre todos. *Quienes nos dedicamos a la enseñanza, y en especial a las ciencias sociales, tenemos en ello una función esencial. Por desconcertados que nos sintamos, sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar, mientras que, entre todos, reconstruimos los programas para una nueva esperanza* y evitamos que, con la excusa del fin de la historia, lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor³⁰.

4

Para terminar, hay que señalar que el compromiso de Josep Fontana con la historia y el conocimiento es ejemplar, como se pone de presente al constatar su labor de difusión en catalán y castellano de un amplio acervo bibliográfico, en diversas colecciones de libros que dirige en la Editorial Crítica de Barcelona. En esa editorial, el autor que hoy presentamos ha desplegado una extraordinaria labor de difusión no sólo en el campo de la historia y de las ciencias sociales sino de las ciencias en general. A su labor de difusión le debemos el conocimiento que ahora se tiene en lengua castellana de autores como Edward Thompson, George Rudé, Eric Hobsbawm, Carlo Cipolla, Robert Bremen, Ranajit Guha, Marc Bloch, Pierre Vilar, Raphael Samuel, Noam Chomsky, Stephen Jay Gould, François Jacob y muchos otros que han sido traducidos a nuestra lengua y que han posibilitado el enriquecimiento cultural y la difusión del pensamiento crítico en nuestro continente; y también le debemos que algunos autores latinoamericanos, como Manuel Moreno Fragnals, fueran conocidos más allá de sus respectivos países y que, paradójicamente, tuviéramos noticias de su existencia vía España. Las múltiples facetas del trabajo de Josep Fontana -del cual hemos pretendido presentar en estas líneas una visión sintética de sus aportes historiográficos -son la expresión de un compromiso cívico con su oficio de historiador, de una conciencia crítica frente a los problemas de nuestro tiempo (a los problemas reales de hombres y mujeres sometidos hoy más que nunca a la opresión, la explotación y la injusticia), a una apertura mental que lo ha llevado a apropiarse

de diversos instrumentos teóricos y analíticos que nos proporciona la ciencia de hoy, como se puede ver en sus múltiples referencias a la biología, la física, la paleontología, la química, etc. Esa es otra sugestiva recomendación para quienes estudian la historia y la sociedad, ya que éstas no pueden ser entendidas, como nos lo demostró fehacientemente Marx, sin apoyarnos en los resultados de las ciencias contemporáneas, sin que eso suponga confundir ni trasladar mecánicamente sus resultados, e incluso su terminología, al campo de la historia y del conocimiento social. Y, como lo recalca Fontana, esto no significa el abandono de las mejores tradiciones intelectuales (como lo más fecundo de la tradición marxista) sino la necesaria complementariedad con los desarrollos del conocimiento en general para poder indagar en los asuntos más acuciantes de nuestro presente.

Por todo esto, para concluir se pueden suscribir y aplicar a su propio caso, las palabras que Josep Fontana le brindara a Edward Thompson cuando presentaba en 1977 la primera edición castellana de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: «Es una obra llena de ideas nuevas que plantea problemas teóricos importantes y que no habla para la “comunidad académica” sino para el hombre común -lo que quiere decir para el hombre sin adjetivos- a quien el pasado le interesa sobre todo como ayuda para descifrar el presente». Estas, sus propias palabras, son aplicables por completo a toda su obra historiográfica, incluyendo sus labores de investigador, docente y difusor del conocimiento histórico, actividades que no han pretendido conseguir reconocimientos académicos ni han sido utilizadas como credenciales de ascenso social, sino que, sencillamente, se han llevado a cabo para ayudarnos a entender la complejidad de la sociedad en que nos ha tocado vivir, afrontando con pasión y esperanza crítica los nuevos retos para transformarla, siempre en la búsqueda de un mundo mejor, sin desfallecer nunca, a pesar de las derrotas y de los obstáculos, porque como decía el poeta francés Paul Eluard -en una frase que tanto gusta a Fontana: «Aunque no hubiese tenido en toda mi vida más que un solo momento de esperanza, hubiese librado este combate. Incluso si he de perderlo, porque otros lo ganarán. Todos los otros»³¹.

NOTAS

¹. Entre los libros de Josep Fontana dedicados al análisis historiográfico el primero que conocemos fue publicado hace 30 años y el más reciente fue editado en el 2001. En su orden nos apoyaremos en las siguientes obras: *La historia*, Biblioteca Salvat de Grandes Temas, Barcelona 1973; *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982; *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992; *Europa ante el espejo*, Editorial Crítica, Barcelona, 1994; *Introducción al estudio de la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999; *La historia de los hombres*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001.

². Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*. pp. 8 y ss.; *La historia de los hombres*, pp. 310 y ss.

³. *Ibid*, pp. 311-312.

⁴. J. Fontana, *La Historia de los hombres*, p. 325.

⁵. Ziauddin Sardar, *Posmodernism and the other. The new imperialismo of western cultura*, Londres, Pluto Press, 1998, pp. 15 y 85-86, citado en *La Historia de los hombres*, p. 326.

⁶. Alberto Adsuara Vehi, «Libelo: de la Historia Cultural a los estudios culturales», en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, No. 47, Junio-agosto 2001, Madrid, pp. 76-83.

⁷. Raimundo Cuesta *et al*, «Entrevista a Josep Fontana», en Federación Icaria, *Con-ciencia social. Anuario de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, No. 1, 1997, Editorial Akal, Madrid, p. 116.

⁸. *Ibid*, pp. 123-124

⁹. J. Fontana, *Introducción al estudio de la historia*, p. 305.

¹⁰. R. Cuesta *et al*, *op. cit.*, p. 131.

-
- ¹¹. Para un análisis sistemático de la crítica al progreso de Walter Benjamin ver: Michael Löwy, *Avertissement d'incendie. Une lecture des thèses «sur le concept d'histoire»*, PUF, París, 2001; Susan Buck Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Editorial Visor, Madrid, 1995.
- ¹². Para una muestra actualizada sobre el retroceso social de la década de 1990 puede consultarse, Michel Chossudovsky, *La globalización de la pobreza y el nuevo orden mundial*, Siglo XXI Editores, México, 2002; Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, DADTM, San Sebastián, 2002; Gemma Galdon (Editor), *Mundo S.A. Voces contra la globalización*, Ediciones de La Tempestad, Barcelona, 2002; Jean Ziegler, *Les nouveaux maîtres de monde*, Fayard, París, 2002.
- ¹³. J. Fontana, *La historia después del fin de la historia*, pp. 128-130.
- ¹⁴. J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 132.
- ¹⁵. J. Fontana, *Introducción...*, p. 302.
- ¹⁶. J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 156.
- ¹⁷. J. Fontana, *Historia de los hombres*, pp. 354-355.
- ¹⁸. J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 147.
- ¹⁹. Es bueno mencionar algunos de los trabajos que se han publicado en los últimos tiempos en torno a los ludditas y su relación con la crítica al modelo de progreso científico y tecnológico imperante en la actualidad. Entre esos trabajos se destacan los de David Noble, *Una visión diferente del progreso. En defensa del luddismo*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2001 y *La locura de la automatización*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002; Frank E. Manuel *et al*, *Máquina maldita. Contribuciones para una historia del luddismo*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002; David Watson, *Contra la megamáquina. Ensayos sobre el imperio y el desastre tecnológico*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002. Una obra de teatro de Ernest Toller, presidente del Concejo Revolucionario de Munich en 1918, titulada *Los destructores de máquinas* ha sido recientemente impresa en castellano por Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002.
- ²⁰. J. Fontana, *La Historia de los hombres*, p. 359.
- ²¹. *Ibid*, p. 16.
- ²². Eric Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twenty Century 1914-1991*, Michael Joseph Ltd, Londres, 1994.
- ²³. Según la versión bastante conocida de W. W. Rostow, *Las fases del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- ²⁴. J. Fontana, *Análisis del pasado y proyecto social*, p. 248.
- ²⁵. Honorio Cardoso García, «Las últimas lecciones de Pierre Vilar», en Federación Icaria, *Con-ciencia social. Anuario de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, No. 1, 1997, Editorial Akal, Madrid, 1997, p. 192.
- ²⁶. J. Fontana, *Análisis del pasado y proyecto social*, pp. 247-248.
- ²⁷. R. Cuesta *et al.*, *op. cit.*, p. 129.
- ²⁸. J. Fontana, «Para una renovación de la enseñanza de la historia», en *Cuadernos de Pedagogía*, No. 11, 1975, p. 13.
- ²⁹. R. Cuesta *et al.*, *op. cit.*, pp. 124-125.
- ³⁰. J. Fontana, *La historia después del fin de la historia*, pp. 143-144.
- ³¹. Paul Éluard, «Une leçon de morale», prefacio, en *Oeuvres Complètes*, Gallimard, Pas, 1984, II, p. 304, citado en J. Fontana, *La historia de los hombres*, p. 367.